

El de Ayamonte fué traído preso. Hizose con él una felonía, que fué ofrecerle el perdón si confesaba su crimen, y después de confesado, no cumplirlo, y condenarle y llevarle al suplicio, que sufrió con una entereza sorprendente. Así terminó aquella conspiración, y así pagó el de Ayamonte el oficio de delator que en la anterior conjuración había hecho. Pero desconsuela pensar en la situación miserable á que había ido viniendo la monarquía, cuando ya los magnates se atrevían á pensar en erigirse en soberanos (1).

La guerra con Portugal, casi interrumpida el resto de aquel año (1641) por las lluvias y las nieves, no se hizo en el siguiente con mucho mas vigor, demasiado ocupadas las fuerzas de España en Cataluña y en los países extranjeros, y no suficientes todavía las de Portugal para emprender conquistas. Reducíase por la parte de Extremadura á reciprocas invasiones y parciales encuentros mas ó menos reñidos, en que unos y otros jefes solían atribuirse la victoria. Las comarcas fronterizas de uno y otro reino sufrían incendios y devastaciones lamentables, principalmente en la estación de la recolección de los frutos, en que para impedirlos se empeñaban combates sangrientos, sin otro resultado que derramarse sangre é inutilizarse las cosechas. Mayor y mas viva era la guerra que por medio de escritos y papeles se hacían las dos naciones, llenándose españoles y portugueses de denuestos, y dándose mutuamente los títulos y dictados mas denigrativos que encuentran en sus respectivos vocabularios.

Por Galicia, donde mandaba el gran prior de Navarra como capitán general de aquel reino, lo único notable que hubo fué, que mientras este parecía prepararse á invadir la provincia de Tras-os-Montes, cinco mil portugueses mandados por don Manuel Tellez de Meneses y don Diego Melo Pereyra entraron en Galicia, desolaron todo el país por donde pasaron, y volviéronse sin que el prior de Navarra que contaba con fuerzas considerables y aun superiores, los escarmentara ni detuviera, ya que no les había ocupado, como pudo, los desfiladeros que tenían que atravesar (1642).

Conoció el rey de España que necesitaba hacer los mayores esfuerzos para recobrar á Portugal, y así lo pensó y consultó á todos sus consejeros y ministros. Convinieron todos en ello, y se hicieron preparativos para juntar un ejército poderoso. Tardío era ya el recurso, como luego habremos de ver, contando ya Portugal con la alianza y la protección de las naciones entonces mas pujantes de Europa, interesadas en destruir el poder y la influencia de la casa de Austria (2).

## CAPÍTULO X

### Caida del conde-duque de Olivares

1643

Situación interior de España.—Ineptitud del ministro.—Distracciones del rey.—Corrupción de la corte.—Bailes, toros, comedias, banquetes, disipación, desmoralización pública.—Miserables providencias del conde-duque.—Cúlpanle de todas las desgracias y calamidades de la nación.—Conjuración para derribarle del poder.—Cómo se preparó su caída.—La reina.—Doña Ana de Guevara.—Otros personajes que á ella ayudaron.—Caida del conde-duque.—Billete del rey.—Retírase el de Olivares á Loeches.—Júbilo del pueblo.—Muere el conde-duque de Olivares en Toro.—Cuán funesta fué á España su privanza.

Eran ya los males de España demasiado graves para ser

*sion el mando de sus ejércitos, por cuanto ha menester una prudencia y una moderación que mi cólera no podría dictar en esta ocurrencia, permitiéndome solamente que le sirva en persona con mil caballos de mis vasallos, para que no apoyándose sino en mi ánimo, no solamente sirva para restaurar el Portugal y castigar á este rebelde, ó traerle muerto ó vivo á los pies de S. M. si rehúsa el desafío; y para no olvidar nada de lo que mi celo pudiese, ofrezco una de las mejores villas de mi estado al primer gobernador ó capitán portugués que hubiese rendido alguna ciudad ó villa de la corona de Portugal, que sea de alguna importancia para el servicio de Su Majestad Católica, quedando siempre poco satisfecho de lo que deseo hacer por su servicio, pues todo lo que tengo viene de él y de sus gloriosos predecesores. Fecha en Toledo á 19 días del mes de setiembre, 1641.»*

(1) Laclede, Historia general de Portugal, tom. VIII. — Faria y Sousa: Eptome, part. IV, lib. 4. — Seyner: Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV. — Soto y Aguilar: Eptome, ad ann.

(2) Soto y Aguilar: Eptome: MS.—Historia desde el año 1626 hasta

con resignación sufridos, y el gobierno del ministro Olivares demasiado funesto para ser con paciencia tolerado.

La pérdida de Portugal y la humillación de las armas nacionales en Cataluña, estos dos sucesos calamitosos, ignominia el uno y bochorno el otro del gobierno que no había sabido ni prevenirlos ni enmendarlos, habrían podido parecer algo menos dolorosos, si las desgracias interiores de la monarquía hubieran estado, como en otros tiempos, compensadas con la gloria que allá en otras naciones ganaban las banderas españolas, alcanzando triunfos, conquistando provincias, abatiendo reinos, y levantando muy alto el nombre español y el predominio de la corona de Castilla. Pero allá se iba nublando también nuestra estrella, y si no tan opaca como en los dos extremos de España, tampoco nos lucía con el fulgor de la prosperidad.

En Italia nos abandonaban los que creíamos nuestros mas firmes aliados y nuestros mejores y mas útiles amigos, y hasta los pequeños príncipes que habían sido de antiguo vasallos nuestros desamparaban nuestra decaída causa y se unían á los franceses. En Flandes, donde se habían fijado los ojos y las esperanzas de los españoles, como que era donde se hallaban recogidos los restos de aquellos formidables tercios formados en la escuela del duque de Alba, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, si bien se sostenía aun, con mas gloria que fortuna, el buen nombre de la bandera española, la pérdida del cardenal infante, que con tanta prudencia había gobernado aquellos países, fué una de las desdichas mayores que en aquellos años fatales experimentamos.

Parecía presagiarse ya el abatimiento que habían de sufrir nuestras armas en Rocroy; y de este y de otros infelices sucesos, de que adelante habremos de dar cuenta, y que los desaciertos del gobierno habían producido ó preparado, parecía ser fatídico anuncio el disgusto que se había ido apoderando de todos los corazones. Por lo menos se veía que en lugar de aquel prometido engrandecimiento que en el principio del reinado había hecho esperar el de Olivares, blasonando que había de hacer señor al monarca y señora la nación del mundo entero, iban siendo muchas las calamidades y afrentas, muchos los infortunios y quebrantos que estaba sufriendo España.

Aun habría podido esperarse algun remedio á ellos, con un monarca que supiera ser rey, con un gobierno mas prudente y enérgico, con un ministro mas accesible y dócil á los consejos, menos orgulloso y menos aborrecido, y con una corte menos corrompida y menos disipada. Pero el alma se agobia cuando apartando la vista de los campos de batalla en que se perdían reinos y se recogían humillaciones, volvemos los ojos á ver lo que entre tanto en la corte pasaba. Y la encontramos siempre como embriagada en banquetes y festines, dada á las galas y al lujo, á los toros, á las comedias, y á otros mas deshonestos y repugnantes entretenimientos y espectáculos. Era sistema del ministro favorito tener constantemente distraído y como fascinado al rey con juegos y diversiones, frívolas por lo menos, cuando no eran inmorales. Cualquiera pequeño triunfo, el rumor solo de un suceso próspero, servía de pretexto al conde-duque para disponer festejos con que entretejer al soberano y hacerle olvidar los negocios y las desgracias. Faltaba dinero para la guerra, pero buscábase para levantar teatros como el del Buen Retiro, donde entre comedias, fiestas y bailes los reyes solían perder simultáneamente el tiempo y el decoro. Si de los pueblos no podía ya sacarse, porque estaban exhaustos, tomábase la mitad siquiera de lo que venía de Indias, aunque fuese de particulares, como se hizo con lo de la flota que arribó en 1639. Verdad es que había dado el ejemplo Felipe II, pero aquel al menos lo enviaba allá donde tenía soldados que le conquistaban países.

Cierto que, como dijimos ya en otra parte (3), con esta afición al recreo escénico, había prosperado el arte dramático, florecían los poetas y los ingenios, y los antiguos y pobres corrales de comedias se iban convirtiendo en lujosos teatros.

1648: MS. de la Biblioteca Nacional.—Noticias de lo ocurrido en los años 1640, 41 y 42: MS. Ibid.

(3) Véase nuestro cap. IV.

Pero mejor hubieran parecido las excelentes comedias de Calderon y de Moreto, si con ellas se hubieran podido celebrar los triunfos de nuestras banderas y no las derrotas de don Pedro de Aragon y del marqués de Leganés; bien las galerías llenas de engalanadas cortesanas en celebridad de conquistas, y no cuando se perdían ciudades y reinos. Nadie hubiera imaginado esto al ver representarse una comedia de magia sobre el estanque del Buen Retiro, con el aparato y los gastos que supone la tramoya de máquinias y decoraciones, fundadas, ya sobre el mismo lecho del estanque, ya sobre barcas que iban al mismo tiempo navegando. La misma reina Isabel de Borbon habíase dado á la afición de las comedias hasta el punto de degenerar ya sus gustos en verdaderos caprichos, que los cortesanos con degradante adulación se apresuraban á satisfacer. Si mostraba agrado que se silbaran las comedias, una turba aduladora las silbaba todas, fuesen malas ó buenas. Para que viera lo que pasaba en la localidad de los corrales que llamaban *cazuela*, donde iban mujeres de cierta clase del pueblo, llevánselas al teatro del Buen Retiro, y hacían de modo que se insultasen y riñesen hasta arañarse el rostro y mesarse los cabellos; ó bien soltaban entre ellas reptiles que las asustarían, para que se divirtiera la reina con los gritos y el desórden y la algazara que se movía (1).

Y esta era la parte de costumbres que al fin tenían su principio y fundamento en un arte noble, de cuyos adelantos en este reinado cupo no poca gloria á España. Que otras, y eran las peores, ni nacían de ningún noble principio, ni podían traer sino desdoro y deshonra: y estas tenían contaminada, á ejemplo de la corte, la nación entera. Un escritor moderno describe el siguiente cuadro de la inmoralidad de aquella época, al cual, por exacto, nada añadiremos nosotros, aunque todavía podríamos ennegrecerle. «No había especialmente en Madrid, ni decoro, ni moralidad alguna; quedaba la soberbia, quedaba el valor, quedaban los rasgos distintivos del antiguo carácter español, es cierto; pero no las virtudes. Pintó don Francisco de Quevedo con exactitud los vicios de aquella época nefanda; no hay ficción, no hay encarecimiento en sus descripciones. Tal franqueza no podía pasar entonces sin castigo, y así los tuvo el gran poeta con pretextos varios, entre los cuales hubo uno infame, que fué correr la voz de que mantenía inteligencias con los franceses. La verdad es que halló medio de poner ante los ojos del rey un memorial en verso, donde apuntaba las desdichas de la república, señalando como principal causa de ellas al conde-duque. Siguióle el aborrecimiento de este hasta el último día de su privanza; y así estuvo Quevedo en San Marcos de Leon durante cerca de cuatro años, los dos de ellos metido en un subterráneo, cargado de cadenas y sin comunicacion alguna. Aun fué mereced que no le degollasen, como al principio se creyó en Madrid, porque todo lo podía y de todo era capaz el orgulloso privado. Pero mientras aquel temible censor pagaba sus justas libertades, la corte, los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus desórdenes, y al compás de ellos hervía España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aquí muertes, y ejercitábase notoriamente el oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse en público monjas ni mas ni menos que mujeres particulares; eran diarios los desafíos, y las riñas, y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época continuas y horrendas tragedias.... Tal caballero rezando á la puerta de una iglesia era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba á confesar á su mujer para quitarle al día siguiente la vida y que no se perdiera el alma....; este, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del palio del Santísimo, y allí mismo era muerto; el otro no despertaba de noche sin sentir puñaladas en su almohada; y era que su propio ayo le erraba golpes mortales disparados por leve reprensión ú ofensa.... En quince días hubo en Madrid solo ciento diez muertos de hombres y mujeres, muchas en personas principales.... (2).»

(1) Fiestas memorables de Madrid. Soto y Aguilar: Relacion de fiestas celebradas en Madrid: MS.—Descripción de varias fiestas, MM. SS. de la Biblioteca Nacional.

(2) Cánovas: Decadencia de España, Felipe IV, lib. VI.—Quevedo, en

No pueden ciertamente designarse como medios para corregir los vicios, pero los mencionamos por no hallar otros, una pragmática prohibiendo con graves penas los juramentos sino en los actos judiciales y para el valor de los contratos, otra para que ninguna mujer anduviera tapada, sino con el rostro descubierto, de modo que pudiera ser conocida; costumbre á cuyo abrigo se cometían no pocos excesos, y que costó mucho trabajo desarraigar en España; otra mandando que ninguna mujer, de cualquiera calidad que fuese, pudiera traer guardainfante ú otro traje parecido, excepto aquellas «que con licencia de las justicias eran malas de sus personas;» y un pregon prohibiendo á los hombres usar guedejas y copetes, y los rizos con que se componían el cabello, «que ha llegado á hacer, decía, el escándalo de estos reinos (3).»

Difícilmente se comprenderán tan útiles medidas como remedios para tan graves males, si no encontráramos para remediar la pública miseria tan pobres recursos como para corregir la pública moralidad. Para acallar los clamores suscitados por la escasez de numerario parecía no hallar otro expediente el conde-duque que el continuo cambio del valor de la moneda; y así á las que de años anteriores hemos citado, podemos añadir ahora la pragmática de 31 de agosto de 1642, mandando que la moneda de vellón que hasta aquella fecha había corrido por doce y por ocho maravedís valiera en adelante dos, y la de seis maravedís uno solo: medida que léjos de remediar nada, escandalizó mucho y causó la mayor confusión y desórden; y tanto que no vendiéndose ni aun los artículos de primera necesidad llegó á no encontrarse que comer en Madrid (4).

Tiempo hacia que no solamente los hombres pensadores como Quevedo, sino todo el que no carecía de común sentido señalaba como la causa de todos los males y desgracias de la nación al conde-duque de Olivares, por su ambición y su vanidad, por su ineptitud y sus desaciertos, y si se quiere no tanto por su maldad, que no podía decirse un hombre malvado, cuanto por su mala estrella para el gobierno, y por su obstinacion en mandar siempre y disponerlo todo. Era el sentimiento y la convicción pública que la nación marchaba precipitadamente á su ruina por culpa del ministro favorito; hacia años que dominaba esta persuasion, y cuanto mas se mantenía en el favor el privado, mas aborrecible se hacia al pueblo. No había quien no ansiara su caída, sino un corto número de sus favorecidos: fuése formando contra él una tempestad, aunque sorda, porque en tanto que se veía al rey completamente supeditado al ministro, nadie se atrevía á intentar de frente derribarle, toda vez que contaba por segura su perdición; y solo algun hombre del pueblo, cuando ya no le cabía en el pecho el encono, solía salir al encuentro al rey, y sin aprension y con rústica franqueza le decía que el reino se arruinaba sin remedio, y que la causa de todo era el de Olivares, lo cual, como dicho de un rústico, no pasaba de servir de entretenida conversacion por unos días en la corte.

Sin embargo ya en 1639 hubo quien tuvo valor para dar al rey un memorial que entonces se decía, en que se señalaban las causas del mal estado del reino y del descontento general, y entre ellas se designaban: la continua petición de donativos; la venta de oficios y de hábitos sin exámen y por dinero; que las pagas consignadas en juros las cobraban los ministros, pero no las empleaban en servicio del reino; que el dinero que llegaba de Indias á los puertos se lo tomaban á los comerciantes á título de que era para S. M.; que S. M. no veía ni sabía lo que hacían sus ministerios; la gran suma de ducados que se sacaban de Portugal para Castilla; los gastos enormes y supérfluos que se habían hecho en la construcción del Buen Retiro; las haciendas que se quitaban á los vasallos, así seculares como religiosos; y otras varias por este órden, cuya

sus obras satíricas y festivas, y aun en las filosóficas y graves, dibuja á cada paso cuadros bien tristes y sombríos de las costumbres inmorales, no solo de la corte y de los cortesanos, sino de todas las clases de la sociedad; cuadros que no dejan menos amargura en el corazón porque los engalane á veces con los chistes y agudezas propias de su ingenio.

(3) Todas estas pragmáticas son de 12 de abril de 1639.

(4) Pragmáticas y otros documentos del reinado de Felipe IV: Colección de MM. SS. del archivo de Salazar, tom. XXVII.